

## LA PEDAGOGÍA SOCIAL EN LOS ESCRITOS DE SIMÓN RODRÍGUEZ.

Buenaventura Delgado.

(Universidad de Barcelona).

La mayor gloria de Simón Rodríguez fue haber sido maestro del libertador de América Simón Bolívar. Su verdadero nombre fue Simón Narciso Carreño Rodríguez, nacido en Caracas, en 1771, si bien firmó sus escritos con los nombres de Simón Narciso Rodríguez, Simón de Carreño Rodríguez y con el seudónimo de Samuel Robinsón, con el que firmó la primera versión al castellano de la novela Atala del vizconde de Chateaubriand<sup>1</sup>.

Aunque carecemos de un trabajo definitivo sobre Simón Rodríguez, tanto sus apologistas como sus detractores destacan su carácter "estrafalario y chocante"<sup>2</sup>. El sabio Pedro Grases -al que debo el descubrimiento de este maestro fuera de lo común y muchas de las ideas que expondrá seguidamente- considera a Simón Rodríguez un "dromómano impenitente" -recorrió la mayor parte de América y de Europa-, hombre "generoso", "probo e insobornable"<sup>3</sup>.

Simón Bolívar lo describe como "filósofo cosmopolita", que "no tiene ni patria, ni hogares, ni familia, ni nada"<sup>4</sup>.

Fue pobre durante toda su vida y no quiso aprovechar su amistad con Bolívar, al que educó de niño en su casa y al que, tras el correr de los años, encontró en París, en 1804. Maestro y discípulo viajaron juntos a Roma, en donde el libertador juró dedicar su vida a la emancipación de América. Esta amistad no la utilizó Rodríguez en provecho propio, como escribió después: "En vida de Bolívar pude ser lo que hubiera querido, sin salir de la esfera de mis aptitudes. Lo único que le pedí fue que se me entregaran los Cholos más pobres, los más despreciados, para irme con ellos a los desiertos del Alto-Perú, con el loco intento de probar, que los hombres pueden vivir como dios les manda que vivan"<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup>- Reeditada por Pedro Grases en Escritos de Simón Rodríguez, vol. III. Edición conmemorativa del Centenario de la muerte del maestro del Libertador. Imprenta Nacional, Caracas, 1958.

<sup>2</sup>- "Puede juzgársele como extravagante y original, pero no como persona movida por la vanidad ni por el lucro personal" P. GRASES, Prólogo a Escritos de Simón Rodríguez, vol. III, ob. cit., p. XXXI.

<sup>3</sup>- P. GRASES, *ib.*, XXXII.

<sup>4</sup>- Carta de Bolívar a Cayetano Carreño, hermano de D. Simón. Cuzco, 27-VI-1825. Citada por P. GRASES, La tradición humanística, vol. V, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1981, p. 171.

<sup>5</sup>- S. RODRIGUEZ, "Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana", Obras completas, I, p. 225.

Este desprendimiento total y su espíritu independiente le acarrearón el descrédito y el fracaso. He aquí un elocuente testimonio personal del propio Rodríguez:

"Fui a Cochabamba en marzo del 26 (1826) por orden de Sucre, y fueron tantas las necesidades, las persecuciones y los informes anónimos de Jámes y del clérigo, que Sucre me desairó y tuve que abandonarlo todo. Entre tanto que yo me defendía en retirada, un abogado llamado Calvo, entonces prefecto y ahora Ministro de Estado de Santa Cruz, desbarataba mi establecimiento en Chuquisaca, diciendo que yo agotaba el tesoro para mantener putas y ladrones, en lugar de ocuparme en el lustre de la gente decente. Las putas y ladrones eran los hijos de los dueños del país. Esto es, los cholitos y las cholitas que ruedan en las calles y que ahora serían más decentes que los hijos y las hijas del señor Calvo (...). Desde entonces ando errante y desnudo"<sup>6</sup>.

El drama de S. Rodríguez era que tenía ideas, que podían ser útiles en el momento de la construcción de la nueva América y nadie le escuchaba. No solo no obtenía el apoyo que sus iniciativas altruistas necesitaba, sino que le impedían que se dedicase a la educación de los estamentos sociales más necesitados.

Desde 1823, año en que volvió de Europa, hasta 1854, en que murió tan pobre como había vivido, recorrió Colombia, Perú, Bolivia, Chile y Ecuador, predicando sin éxito su mensaje. Al declinar de su vida segura, no sin amargura, proclamando sus pensamientos y las soluciones sencillas que podrían darse a los graves problemas en que los jóvenes pueblos americanos se veían atascados:

"quiero enseñar, i no hai quien pague pr. aprender -quiero emprender un ramo de industria, i nadie quiere gastar en empresas- quiero irme, i la familia (aunque compuesta de dos) me sujeta. Yo no quiero que me den, sino que me ocupen: tengo fuerzas i aptitudes, i tanto me valen como si no las tuviera"<sup>7</sup>.

Ocho años después de esta carta envía otra con una angustiada petición de ayuda económica:

"Si puede mándeme un socorro, porque estoy como las putas en cuaresma, con capital y sin réditos"<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup>- Carta de S. Rodríguez al General Francisco de Paula Otero. Lima, 1º de marzo de 1832. Escritos de Simón Rodríguez, ob. cit., III, p. 70.

<sup>7</sup>- Carta de S. Rodríguez a Roberto Ascázubi (Latacunga, 20 de junio de 1845). ib., III, p. 71.

<sup>8</sup>- Guayaquil, 26 de noviembre de 1853. ibid., III, p. 75.

Pobreza, incomprensión y desprecio cosechó a manos llenas quien olvidó sus intereses personales por servir los de los demás. A pesar de todo, el mensaje del maestro del libertador de América sigue hoy día sorprendiendo por su clarividencia, por su perspicacia y por su originalidad. Fue sin duda extravagante, pero no vanidoso; estuvo al lado de los parteros de la nueva América, pero despreció todo lo que los ambiciosos buscan ansiosamente del poder; fue siempre generoso y se olvidó de sí mismo por dedicarse a los demás. "Abandonó altos cargos - puntualiza Grases- con grave perjuicio de su peculio y planteó siempre de un modo claro su pensamiento. Cerca y lejos de Bolívar lo vemos fiel a la más íntima convicción de su temperamento probo e insobornable"<sup>9</sup>.

Rodríguez es consciente del precio que su espíritu independiente exige; es capaz de vivir en cualquier sitio,

"porque no es VACA para temer COMEDERO: que no hace lo que ve hacer a todos, porque no es MONO, para imitar sin CRÍTICA, ni VELETA, para volverse a todos los vientos, que a NADIE ofende, i hace BIEN que puede, que solo él se desvela, hablando i escribiendo, por hacer ver la importancia de la Primera Escuela, i que si TODOS pensarán como Él ni habría Amos, porque no habría ESCLAVOS - ni TITERES, porque no habría quien los hiciese BAILAR - ni guerras, porque no habría a quien arrear al matadero"<sup>10</sup>.

En este fragmento está condensado perfectamente el pensamiento y la personalidad de S. Rodríguez. Las palabras mayúsculas resaltan las ideas más significativas. No quiere ser vaca del rebaño, a la que se le pueda dominar con el pienso; no es mono, ni veleta que se deje llevar fácilmente por las modas de cada momento. Prefiere pensar por sí mismo, sin que por ello ofenda a nadie. Mantiene su independencia de criterio y hace el bien que puede. Abomina las guerras y no renuncia a decir lo que piensa. Los poderosos le pagan su independencia con el olvido y el desprecio. Esta es la explicación de su perenne destierro voluntario, en el que, como él mismo escribe, vive "errante y desnudo"<sup>11</sup>.

El momento histórico de su generación era único e irrepetible. Bello, Sarmiento, Cecilio Acosta y Hostos, "figuras cimeras de la pedagogía hispanoamericana", vieron con clarividencia el papel que a la educación correspondía en la forja de las nuevas naciones. Simón Rodríguez quiso aportar también su dedicación profesional a la enseñanza en América y en Europa,

---

<sup>9</sup>- P. GRASES, Escritos de Simón Rodríguez, III, p. XXXII.

<sup>10</sup>- S. RODRIGUEZ, Consejo de amigo, III, p. 62.

<sup>11</sup>- Carta al General Francisco de Paula Otero. Lima, 10 de marzo de 1832. En Escritos de Simón Rodríguez, ob. cit., III, p. 70.

que atravesaba una coyuntura semejante a la americana. A un lado y a otro del Atlántico los distintos países estaban empeñados en diseñar de nuevo sus sistemas políticos y educativos sobre bases distintas a las del antiguo régimen. En la primera mitad del siglo XIX se inició la edad dorada de la Pedagogía Comparada. Los países menos desarrollados pretendieron acompasar sus pasos a los de los gigantes, fijándose casi exclusivamente en su modo de enseñar. No hubo gobierno que no enviase al extranjero a jóvenes aventajados para hacer espionaje industrial y pedagógico. Tan importante era entonces conocer los sistemas de producción industrial, agrícola y ganadera como la organización de la enseñanza, a la que consideraban con exageración como la clave del arco de la estructura del país al que se pretendía imitar.

No es de extrañar que durante el siglo XIX los modelos educativos más cotizados fueran el alemán y el inglés. Así, Herman Lietz que había enseñado en Inglaterra, se esforzó en aclimatar en Alemania al gentleman inglés, más educado que instruido, dueño de su voluntad y de su carácter, hombre de mundo y apasionado por el deporte al aire libre. La educación anglosajona explicaba para muchos el secreto de la pervivencia del imperio inglés, admitiendo que los ingleses habían sido educados para gobernar el mundo.

Por otra parte, todos los países, sin excluir los anglosajones, miraban con cierta envidia los laboratorios y seminarios de las universidades alemanas, en los que se forjaban los científicos y pensadores. Los Estados Unidos del Norte, Europa y Japón rivalizaron entre sí, enviando a sus jóvenes estudiantes para aprender el abecé de la ciencia alemana.

La América hispana pasó por un proceso semejante. La tarea más acuciante era construir un nuevo mundo sobre nuevos cimientos, en el que cupieran todos los ciudadanos y en el que no fueran posibles los abusos de la etapa colonial anterior. También la educación fue considerada, teóricamente al menos, como capital. Ahora bien, ¿qué tipo de educación había que organizar para afrontar las nuevas necesidades? La respuesta la da Rodríguez en tres escritos:

#### 1. Reflexiones sobre el estado actual de la Escuela.

Es una obra primeriza de juventud, en la que Rodríguez, a sus veintitrés años, propone al Cabildo de Caracas un plan de reforma de las escuelas municipales y la creación de otras, a fin de escolarizar a toda la población infantil de la ciudad.

2. Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana, breve trabajo aparecido en el Neo-Granadino de Bogotá, en los meses de abril y mayo de 1849.

### 3. Consejo de amigo dados al Colegio de Latacunga.

Es el testamento político y pedagógico destinado al amigo, que busca en su experiencia una orientación para la buena organización de su colegio<sup>12</sup>.

En las Reflexiones se expone un plan escolar en consonancia con las ideas reinantes de las últimas décadas del XVIII. Son muchos los tópicos ilustrados que se recogen en él. Se subraya, por ejemplo, la importancia de las primeras letras para el futuro de los hombres y de los pueblos; se clama por la dignificación de la profesión del maestro, mediante una preparación adecuada y un salario digno, aconsejando al mismo tiempo impedir cualquier tipo de intrusismo en la enseñanza e impidiendo las escuelas-barbería, en las que se enseñaba a leer y escribir, al mismo tiempo que a rapar las barbas.

El plan recogía todos los aspectos que la organización de la enseñanza municipal exigía: número de escuelas; formación, selección y salario de los maestros; organización de las escuelas; libros, exámenes, horarios, matrículas, reglamento; asociación obligatoria de los maestros a una organización profesional, en la que pudieran actualizar sus conocimientos, etc. Todo ello coincidía, en sus líneas generales, con las Hermandades de San Casiano o los Colegios Académicos de las ciudades más importantes de la península. No falta el ejemplo de los próceres madrileños preocupados por modernizar y por crear nuevas escuelas, como modelo a seguir por los responsables de la política caraqueña.

Existen, no obstante, en estas Reflexiones, tesis a las que D. Simón no renunciará mientras viva. Una de las de mayor trascendencia para él era la necesidad de escolarizar a pardos y a morenos, si se quería de verdad ser consecuente con el principio de la igualdad de todos los hombres. Si los negros y mulatos poseen los mismos derechos y obligaciones que los blancos respecto a la patria y a la religión, era evidente que no se les podía cerrar la puerta de la escuela<sup>13</sup>. No se atreve a pedir que vayan a las mismas escuelas de los blancos -lo que hubiera escandalizado a los políticos locales- sino que propone que se organicen escuelas para ellos, en las que se les dé idéntica instrucción que a los blancos. De no hacerlo así -argumenta Rodríguez- el principio de igualdad de todos los hombres se convierte en pura retórica.

Más de medio siglo transcurrió entre sus primeras experiencias pedagógicas en caracas a la que se refiere sus Reflexiones y la redacción de su Educación Republicana (1849). S. Rodríguez escribe esta obra habiendo llegado a la plenitud de pensamiento y de experiencia, desde la que habla con autoridad de temas que conoce muy bien. No por ello deja de transparentar su amargura, consciente de que, tras veinticuatro años de escribir y de hablar sobre lo que, en su

---

<sup>12</sup>.- Permaneció inédito hasta su publicación por Espinosa Pólit. Estas tres obras de difícil localización hoy día han llegado a mis manos, gracias a la generosidad de P. Grases, que fue quien las reunió y publicó en los Escritos de Simón Rodríguez.

<sup>13</sup>.- "Reflexiones...", Obras completas, I, p. 201.

opinión, ha de ser la educación republicana, obtiene como respuesta el sambenito de loco, papel que asume estoicamente, repitiendo, como un estribillo, que "los niños y los locos dicen las verdades"<sup>14</sup>.

Rodríguez eleva su voz lamentando que se esté malogrando la ocasión de oro; aunque sabe que su voz y su opinión no es del agrado de la mayoría, grita desgarradamente que los pueblos americanos son después de la independencia menos libres que antes y que las diferencias sociales son cada vez más profundas, porque un sector importante de la sociedad sigue sin tener acceso a la cultura. El hombre no es ignorante por ser pobre, sino que es pobre por ser ignorante<sup>15</sup>.

La filosofía de un buen gobierno republicano -resume Rodríguez- consiste en que cuide de todos sus ciudadanos y en que gobierne pensando en el interés general.

La tercera obra de esta trilogía, Los consejos de amigo, no es una obra sistemática de pedagogía, ni un Tratado sobre la enseñanza, al que remite su autor, sino un abanico de ideas para el director del Colegio de Latacunga, ciudad del Ecuador, en la que residía el maestro venezolano. Es un acervo de consejos, anécdotas, chascarrillos y graciosos diálogos populares, en los que condensa sus puntos de vista pedagógicos y políticos.

Los Consejos están escritos de un tirón para el amigo, que le ha pedido una especie de reglamento al que atenerse en la organización de su colegio. Simón Rodríguez no le da un reglamento sino el fruto de sus experiencias y reflexiones, en torno al eje principal de su vida, la educación popular.

"Usted me pide un Reglamento, que rija la 1ª Escuela: le daré mis Ideas, para que las combine con las suyas, i lo forme"<sup>16</sup>.

Los Consejos son ideas y pensamientos de un educador romántico y estrafalario quizás, que conoce muy bien al pueblo americano, porque él mismo es pueblo, vive en él y siente como él, sin avergonzarse de ello. Son el testamento de quien está de vuelta de múltiples caminos y bajando el valle de la colina de la vida. Los años le han hecho renunciar a muchos proyectos e ilusiones, pero no han logrado hacer enmudecer su voz. Siempre creyó en el papel que la escuela podía desempeñar en la construcción de la nueva América libre. La euforia de la emancipación empujaba con fuerza a repudiar sin matices la etapa anterior y a buscar nuevos moldes en los que

---

<sup>14</sup>- Educación republicana, p. 225.

<sup>15</sup>- Ib., p. 227.

<sup>16</sup>- S. RODRIGUEZ, "Consejo de amigo dados al Colegio de Latacunga", Escritos de Simón Rodríguez. Compilación y prólogo por Pedro Grases, III, Caracas, Imprenta Nacional, 1958, p. 5.

forjar la nueva personalidad. Rodríguez advierte de los peligros que la iconoclastia del momento podía acarrear. La nueva América pedía a gritos un modelo de país que no se pareciera a España "¿A qué país se parecerá? -se pregunta Rodríguez-. La lengua, los Tribunales, los Templos; las guitarras, engañan al Viajero, se habla, se pleitea, se REZA, a la Española"<sup>17</sup>. La importación y asimilación de pautas ajenas pueden ser contraproducentes. Puede ocurrir -escribe- que "por la manía de IMITAR SERVILMENTE a las Naciones CULTAS, venga la América a hacer el PAPEL DE VIEJA, en su INFANCIA"<sup>18</sup>.

América, en su opinión, tenía entonces el reto, no de imitar, sino de "SER ORIGINAL"<sup>19</sup>. No estaba la solución en seguir viajando por Europa o por estados Unidos del norte buscando modelos, porque la América hispana no se parecía en nada al resto de los países<sup>20</sup>.

Rodríguez aconseja la reflexión evitando cualquier actitud extrema. Su fórmula es "pensar en lugar de imitar". Sólo así será posible preservar la originalidad de las naciones recientemente alumbradas. Invita a pensar en profundidad, sin precipitación, con la ilusión de que sus conciudadanos lleguen a aceptar sus puntos de vista, a los que ha llegado tras largos años de peregrinaje por todo el mundo occidental. Las naciones, en su opinión, han de ser edificadas empezando por los cimientos y no por el tejado, como solía hacerse. Los cimientos de las nuevas naciones eran las generaciones jóvenes, a las que había que dedicar una atención preferente. "Los niños son las PIEDRAS" -escribía- del edificio social, los cimientos en los que se ha de apoyar la nueva sociedad. No hay otro camino. Si se quiere romper con los abusos inveterados e injusticias, habrá que comenzar con los niños, educándolos de modo distinto a como han sido educados sus padres y sus abuelos.

La Escuela a la que todos miran con desprecio -escribió- es el fundamento, la palanca con la que los gobiernos "han de levantar los pueblos"<sup>21</sup>. La revolución y el cambio en los ámbitos político, económico y cultural, vendrán imprescindiblemente a través de la escuela, o no vendrán.

No se puede esperar que la solución a los problemas americanos venga de Europa con nuevos colonos, que importen nuevas técnicas de cultivo. Son los propios americanos quienes tienen que abordar y resolver sus propios problemas. Con el proyecto político que el maestro de Bolívar presente, piensa él que

---

<sup>17</sup>- S. RODRIGUEZ, Consejos..., p. 15.

<sup>18</sup>- S. RODRIGUEZ, ib., p. 50.

<sup>19</sup>- S. RODRIGUEZ, "Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana" (1849), I, p. 234.

<sup>20</sup>- S. RODRIGUEZ, "Extracto...", p. 238.

<sup>21</sup>- S. RODRIGUEZ, "Consejos...", III, p. 13.

"LOS AMERICANOS estarían viendo el Suelo que pisan, nó mirando las Estrellas, esperando lo que está en el Orden, nó que el Olmo dé peras buscando su vida en el trabajo, nó rezando el padre nuestro, para pedir qué almorzar, contando con lo que tienen, nó con lo que les promete, el que no tiene qué dar"<sup>22</sup>.

Es de notar la similitud de los planteamientos de Simón Rodríguez con los de Fichte, en sus Discursos a la nación alemana, recientemente derrotada por las tropas napoleónicas, en lo que él llama la "vergüenza de Jena". También el filósofo alemán, en una situación límite, invitaba a la reflexión e intentaba convencer a sus compatriotas de que la salvación no podía venir del cielo y de ningún otro país; sólo los alemanes podían salvar a Alemania, si todos ponían manos a la obra. El camino más corto para la regeneración nacional y para la superación del mundo del egoísmo, que había llevado al desastre, era la escuela. Sólo de ella, en una generación, podía surgir la salvación de Alemania. ¿Leyó el maestro venezolano al catedrático alemán?

La aportación más original de Rodríguez radica en lo que él llama Educación social, concepto no muy distinto a lo que, con el correr de los años, se llamará Pedagogía social<sup>23</sup>.

Considera Rodríguez que una verdadera república es aquella en la que el interés general se antepone y se salvaguarda por encima de cualquier otro interés particular. En consecuencia, el bien de todos se constituye en el principal carácter de los nuevos gobiernos, que necesitan los nuevos estados. Así escribe lo siguiente:

La misión de un Gobierno Liberal es cuidar de TODOS, sin excepción para que... cuiden de si MISMOS después, y cuiden de su GOBIERNO.

La ignorancia de los principios SOCIALES, es la causa de todos los males, que el hombre se hace y hace a otros"<sup>24</sup>.

La sociedad -añade- es semejante a la vida humana. "La Sociedad es el Utero y la Infancia el Feto.

Descuidos y desarreglos durante la gestación, causan abortos o producen Enclenques inútiles o perjudiciales.

---

<sup>22</sup>- S. RODRIGÜEZ, ib., p. 62.

<sup>23</sup>- En el último lustro, las universidades españolas en las que existe una Sección o Facultad de Ciencias de la Educación, han creado cátedras y plazas de profesores de pedagogía social. Las principales preocupaciones de los profesores, que las ocupan se centran en aquellos segmentos de población considerados como marginados (delincuentes y predelincuentes, drogadictos, protección de menores, etc.) reduciendo innecesariamente el clásico concepto de pedagogía social, necesariamente unido al de comunidad, puesto que toda la educación, salvo excepciones, ha estado pensada como servicio a la comunidad. Así lo entendió Natorp, al escribir su tratado de Pedagogía Social (La Lectura, Madrid, 1915). En el prólogo escrito para la traducción castellana, dice el autor lo siguiente: "Pedagogía social no es la educación del individuo aislado, sino la del hombre que vive en una comunidad, educación que la comunidad hace y que hace a la comunidad, porque su fin no es sólo el individuo" (pág. 8).

<sup>24</sup>- S. RODRIGUEZ, Educación Republicana, p. 229.

No habrá jamás: verdadera Sociedad, sin Educación Social, ni autoridad razonable, sin costumbres liberales<sup>26</sup>.

Rodríguez critica a los políticos de su tiempo porque se limitan a alardear de republicanismo, sin ir más allá de las declaraciones y de las palabras.

"Si el tiempo que pierden en hacer Torres de viento, y en echar leyes como coplas de repente, lo emplearan en hacer, con los hijos de los monarquistas, hombres para la República, en el corto tiempo de 10 años tendrían un Pueblo Republicano...esto es...

un Pueblo que sabría lo que es COSA PUBLICA,  
un Pueblo que ENTENDERIA a su Gobierno" OJO.

Una generación bastaría para hacer el cambio. La escuela será quien haga cambiar las mentalidades y los cimientos sobre los que "levantar a los pueblos hasta el grado de civilización que pide el siglo"<sup>26</sup>. Sólo la escuela hará posible cambiar el modo de pensar monárquico, sustituyéndolo por el pensar republicano. En ella los hombres aprenderán, no a obedecer por temor al palo, sino por haber recibido en ella una educación moral<sup>27</sup>.

Los hombres -escribe en otro lugar- deben prepararse para el goce de la ciudadanía, con cuatro especies de conocimientos: Instrucción social, para hacer una nación prudente; Instrucción Corporal, para hacerla fuerte; Instrucción Teórica, para hacerla experta; Instrucción Científica, para hacerla pensadora. Con estos conocimientos prueba el hombre que es animal racional<sup>28</sup>.

Es evidente que Rodríguez sueña con una escuela que sea motor del cambio social. La educación será para él el rodillo nivelador capaz de producir la igualdad, al mismo tiempo que elimine las discriminaciones sociales existentes, que no son sino una consecuencia de la ignorancia. En la escuela en la que él piensa se enseñarán los derechos y los deberes del ciudadano, que es lo único que puede reportar un auténtico progreso. La escuela dará a América, en una generación, el

---

<sup>26</sup>- S. RODRIGUEZ, Luces y Virtudes Sociales. Valparaíso, 1840, p. 179. Citado por M. ALTUVE ZAMBRANO, Simón Rodríguez. Ideas educativas, Caracas, 1971, p. 54.

<sup>26</sup>- S. RODRIGUEZ, ib., p. 244.

<sup>27</sup>- "Solo por la fuerza física consigue un Rey que su vasallos le obedezcan. La fuerza de la autoridad Republicana es puramente MORAL". (ib., p. 231).

<sup>28</sup>- S. RODRIGUEZ, Luces y Virtudes Sociales. Valparaíso, 1840, p. 179, Cit. por M. ALTUVE ZAMBRANO, Simón Rodríguez. Ideas educativas. Caracas, 1971, p.54.

hombre nuevo capaz de dar el salto al futuro. Este nuevo ciudadano será solidario, aprenderá por igual a mandar y a obedecer, y será capaz de buscar su propio bien y el de los demás. La escuela será la única en convertir en realidad la máxima aspiración de los hombres conscientes de su generación: el ser capaces de gobernarse a sí mismos, es decir, la escuela formará políticamente a sus alumnos. Este es el sentido del fragmento siguiente, referido a los hombres de su generación:

"Quieren vivir sin Reyes y sin Congresos, no quieren tener amos ni tutores, quieren ser dueños de sus personajes, de sus bienes y de su voluntad; quieren gobernarse por la Razón, que es la autoridad de la naturaleza"<sup>29</sup>.

Ahora bien, sin una nueva escuela, nada de esto será posible. Por tanto, los gobiernos deberán volcarse totalmente en la escuela, viendo en ella

"el FUNDAMENTO! del Saber i la PALANCA! del primer jénero con que han de LEVANTAR los PUEBLOS al grado de CIVILIZACION que pide el Siglo"<sup>30</sup>.

Esta era la doctrina vigente durante la mayor parte del XVIII y del XIX. Se insistía en la importancia de una escuela única para todos los ciudadanos, obligatoria, sin distinción de clases ni de sexos, popular y gratuita, en manos del Estado, en cuyas aulas todos aprendiesen las pautas por las que debían regirse los nuevos países.

Los políticos asumieron, en gran parte, estas tesis, a partir del siglo XIX. Napoleón las utilizó en su propio provecho, organizando por primera vez una enseñanza nacional de corte piramidal, encaminada a lograr buenos funcionarios, buenos soldados y buenos trabajadores, al servicio de su programa político.

Napoleón agitó Europa como un vendaval y desapareció pronto. Le siguió la Restauración, aunque no fue posible -como nunca ocurre- que las aguas de la historia remontasen su curso a los años anteriores a las numerosas revoluciones surgidas al influjo de la Revolución Francesa.

No obstante, la etapa de la Restauración europea fue la edad de oro de los mal llamados socialistas utópicos Saint-Simon, Robert Owen, Ch. Fourier y Proudhon, cuyas ideas bien pudo conocer Simón Rodríguez durante sus largos viajes por Europa y su estancia en Francia. A pesar de todo, conviene señalar que Rodríguez no defiende una escuela al servicio de un determinado credo político. Su escuela social -término que prefiere a cualquier otro- está al servicio

---

<sup>29</sup>- S. RODRIGUEZ, "Sociedades Americanas en 1828" (Lima, 1842), Escritos..., I, p. 152.

<sup>30</sup>- S. RODRIGUEZ, "Consejos de amigo...", Escritos..., III, p. 13.

del pueblo americano, de todo el pueblo, donde se enseñen y aprendan las virtudes sociales públicas. Una y otra vez recalca que "lo que no es PUBLICO no es social"<sup>31</sup>.

Para que la escuela por él imaginada sea verdaderamente social y, por tanto, eficaz en la misión que Rodríguez le asigna, ha de ser también escuela de unidad, es decir, escuela de todos por la que todos deben pasar, tanto los blancos como los mestizos e indios. En ella aprenderán sus derechos y deberes sociales, iguales para todos, pese a la opinión de quienes creían que "los INDIOS no son HOMBRES"<sup>32</sup>.

El plan de estudios de esta escuela de sociabilidad financiada con fondos públicos y controlada por una junta local, debería reducirse a transmitir conocimientos útiles, como la lectura, escritura y cálculo, sin olvidar a enseñar a razonar y a preguntar.

Para Rodríguez lo más importante de todo era la educación social, incluso más importante que los llamados conocimientos útiles. Vea la educación social como un elenco de virtudes, que el niño había de prender durante el período de su escolarización:

- veracidad,
- fidelidad
- espíritu servicial y benéfico
- comedimiento
- agradecimiento
- generosidad
- amabilidad
- diligencia
- aseo
- consecuencia
- actitud cuidadosa<sup>33</sup>

En los niveles de la enseñanza primaria superior se inclina, como la mayoría de sus coetáneos, por las llamadas ciencias útiles como las ciencias naturales, la agricultura, etc. Creo con razón que, más importante que aprender el latín en la escuela primaria, era aprender bien la lengua castellana y el quechua. Había que aprender el castellano como una obligación y el quechua como una conveniencia. "El latín -escribía Rodríguez- no se usa sino en la Iglesia. -apréndalo el que quiera ordenarse. En el FORO i en la Medicina se USABA- YA NO SE USA"<sup>34</sup>.

---

<sup>31</sup>- S. RODRIGUEZ, Consejos de Amigo..., p. 29.

<sup>32</sup>- S. RODRIGUEZ, ibíd., p. 8.

<sup>33</sup>- S. RODRIGUEZ, ibíd., p. 8.

<sup>34</sup>- Ibidem, P. 35.

"¿Es posible que vivamos con los indios, sin entenderlos?" -se pregunta en otro lugar y añade: "Más cuenta nos tiene entender a un INDIO que a OVIDIO"<sup>35</sup>.

Es tan ingenuo el primer maestro de Bolívar como para creer que basta transformar la escuela para cambiar las estructuras sociales y el modo de pensar. con perspicacia comprende que ni será posible cambiar la escuela, si no se mejoran otros muchos aspectos de la sociedad en la que está organizado, idea con la que Rodríguez trasciende el pensamiento de su tiempo.

Si se quiere mejorar la escuela, será preciso también mejorar al mismo tiempo la sociedad, en sus múltiples aspectos. Será preciso -piensa el maestro americano- dignificar la función social del maestro con una preparación, con una selección y con un sueldo igualmente digno. Será imprescindible al mismo tiempo contar con escuelas más higiénicas, así como tener industrias vinculadas de algún modo con el ámbito escolar, y realizar obras públicas, como caminos, que faciliten las comunicaciones, y presas, que permiten extender las tierras de regadío, etc., que eleven el nivel y el bienestar general, para que pueda sentirse la necesidad de la escuela.

Rodríguez tiene el mérito de haber intuido antes que otros que la escuela no es una institución aislada de su contexto social, a la que se pueda tratar, prescindiendo del todo el entorno que le envuelve. No basta con analizar la escuela, en sus distintas partes (maestro, alumnos, programas, métodos, recursos, etc.) y aplicarle los remedios adecuados porque, aún en el caso de que se diseñe la mejor de las reformas posibles, puede fracasar, si no confluyen favorablemente al mismo tiempo otros aspectos políticos, culturales, económicos, etc., capaces de garantizar la eficacia de la reforma.

El error de Rodríguez, como el de tantos otros pensadores de su siglo y del siguiente ha sido depositar en la escuela mayor grado de esperanza para la reforma social que la escuela sola puede dar. Desde Platón hasta nuestros días, muchos de los reformadores políticos han caído en la tentación de creer que basta con reformar la educación para reformar la sociedad. Quienes han creído esta tesis y lo han intentado en serio se han equivocado totalmente. No es posible cambiar la sociedad, cambiando únicamente la escuela. Ni siquiera es posible cambiar de escuela, si no se cambia de sociedad. Ortega lo vio con gran agudeza, recordando que, cuando una nación es grande, también lo es su escuela, pero también su religión, su política, su economía y mil cosas más. Pero si, por el contrario, "un pueblo es políticamente vil, es vano esperar nada de la escuela más perfecta"<sup>36</sup>.

---

<sup>35</sup>- Ibidem, p. 34.

<sup>36</sup>- J. ORTEGA Y GASSET, Visión de la Universidad. Espasa-Calpe, Madrid, 1932, p. 19.

Es preciso admitir que el preceptor del libertador Bolívar fue hijo de su tiempo y que su modo de pensar encaja en las coordenadas entonces vigentes. Sin embargo, no se reduce a ser mono de imitación, como él mismo escribe, sino que sugiere planteamientos y perspectivas, que desbordan la mentalidad de su tiempo, sobre todo, en el ámbito de la educación social, concepto verdaderamente original en su tiempo.

Conoció a los principales líderes del pensamiento ilustrado, de la Revolución Francesa y del socialismo utópico. Pudo inspirarse, por ejemplo, que en Rapport et projet de décret sur l'organisation générale de la l'instruction publique de Condorcet (1792)<sup>37</sup>, en el que se fija el concepto de instruction nationale; o bien pudo conocer el Travail sur l'éducation publique de Mirabeau, el Rapport Lakanal (1793), el Essai sur l'éducation, presentado por Robespierre el 13 de julio de 1793 y la Ley Lakanal del 17 de noviembre de 1794.

Probablemente conoció también el quehacer legislativo de las Cortes de Cádiz, el Informe Quintana (1813), tan próximo al Rapport condorcetiano y los escritos de los socialistas utópicos, en los que aparece siempre expuesta la función social, que a la educación compete.

Con todo, Rodríguez es un pensador independiente, que reflexiona y escribe por su cuenta, sin adscribirse a ningún pensador concreto, al que considere como maestro, ni a ninguna escuela filosófica o pedagógica. La sociedad americana para la que escribe tenía poco que ver con la sociedad industrializada, en la que pensaban los socialistas utópicos, a los que teóricamente podría Rodríguez imitar. Es más, ninguno de ellos elaboró una teoría de la pedagogía social semejante a la de Rodríguez. Hasta Paul Natorp con su Sozialpädagogik, Theorie der Willenserziehung auf der Grundlage der Gemeinschaft (1899)<sup>38</sup>, no comenzó a ser estudiada de forma sistemática la dimensión social de la educación, aunque el positivista Herbert Spencer había estudiado en sus Principios de sociología las influencias que las estructuras políticas, eclesiásticas, profesionales e industriales ejercen sobre las distintas instituciones educativas. No obstante, apenas influyeron estas obras en la concepción de las distintas historias de la educación, empeñadas en hacer la disección metodológica de su estudio, prescindiendo completamente del entorno social, en que la educación se desenvuelve.

La soledad e independencia en que Simón Rodríguez vivió, sin amigos y sin discípulos, preocupado únicamente de la educación de los marginados, explica, en gran parte, el que sus enseñanzas y escritos pasaran desapercibidos y, en su mayoría, perdidos irremediadamente. Los pocos escritos conservados se deben a la laboriosidad de un número muy reducido de eruditos amantes de las cosas americanas. El mismo Rodríguez vivió con amargura la indiferencia, cuando no la hostilidad con que se recibieron sus iniciativas:

---

<sup>37</sup>.- Reimpreso por orden de la Convención nacional en París, en 1793.

<sup>38</sup>.- Traducida por M. García Morante con el nombre de Pedagogía social, La Lectura, Madrid, 1915.

"Dos ensayos llevo hechos en América y nadie ha traslucido el espíritu de mi plan, en Bogotá hice algo y a penas me entendieron; en Chiquisaca hice más y me entendieron menos; al verme recoger niños pobres, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos y otros que conspiro a desmoralizarlos que me acompañen al infierno. Sólo ud. sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas, es menester gente nueva"<sup>39</sup>.

Ni militó en ningún partido político ni en ningún grupo o asociación de carácter social, que hubiera salvado su nombre y su obra del olvido. Simón Rodríguez sólo fue un maestro, un auténtico maestro popular, el Pestalozzi americano, que se desgastó en señalar a sus coetáneos las virtualidades de la escuela, si iba acompañada simultáneamente de un proyecto político capaz de transformar en profundidad la sociedad de la neonata América independiente. Vio como pocos los peligros en los que se podía caer, si se empeñaba en negar las señas propias de identidad, echándose en manos de nuevos explotadores más sutiles y más peligrosos posiblemente que los anteriores.

Entre un pasado caduco e inoperante para el futuro y una imitación servil de la corteza de las naciones consideradas avanzadas, Rodríguez aconsejó siempre un camino intermedio, que permitiese profundizar en la propia personalidad americana, buscando fórmulas propias y originales. Sólo con esta idea, que predicaba con entusiasmo contra corriente, presenta méritos suficientes para rendirle tributo y prestarle la atención que merece. Poco importan su carácter estrafalario, sus ideas anarquizantes y la simplicidad, en ocasiones, de sus planteamientos. De lo que no hay duda alguna es de que S. Rodríguez fue un maestro de talla extraordinaria, muy superior a los maestros de su tiempo<sup>40</sup>.

---

<sup>39</sup>.- Carta de S. Rodríguez a Bolívar, Escritos de Simón Rodríguez, II, pp. 359-365.

<sup>40</sup>.- Nada más terminar estas líneas, mi amigo y maestro Pedro Grases me comunica que el investigador Gustavo Adolfo Ruiz ha terminado un trabajo, en vías de publicación, sobre las vinculaciones de Simón Rodríguez con la pedagogía ilustrada española. Recibí, al parecer, las principales novedades de fines de siglo a través del correo de la ciudad de Cádiz. En algún fragmento de sus Reflexiones, según he citado anteriormente, se hace eco de las preocupaciones de los ilustrados madrileños por mejorar la escuela de la corte de fin de siglo.